

WILLIAM M. THACKERAY

Rebecca y Rowena

Traducción de Caroline Phipps



**Editorial
Belvedere**

Título original: *Rebecca and Rowena*

Primera edición: noviembre 2009

Traducido por Caroline Phipps

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

www.editorialbelvedere.com

Diseño de la colección: Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-5-4

Depósito legal: M. 46.066-2009

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

1

Preludio: Cómo empezó todo

Queridísimos lectores caballerescos de novelas y amables aficionadas a los romances; seguramente habéis pensado muchas veces que estos libros que tanto nos deleitan tienen unos finales muy insatisfactorios, y que acaban prematuramente en la página trescientas veinte del tercer volumen. En ese momento de la historia sabemos que el héroe rara vez tiene más de treinta años y que la heroína, por lo tanto, es unos siete u ocho años más joven. Pero yo os pregunto, ¿es correcto dar por sentado que después de esas edades las personas no tienen en sus vidas nada digno de señalar? ¿Dejan de existir mientras se alejan en calesa de la iglesia de Saint

George, Hanover Square?¹ Vosotras, queridas jóvenes, que recogéis vuestros conocimientos de la vida de la biblioteca ambulante, podéis ser llevadas a creer que, una vez concluidas las celebraciones nupciales —cuando Emilia desaparece de la escena en el nuevo carruaje de viaje al lado del embelesado conde; o cuando Belinda, desprendiéndose de los afligidos abrazos de su excelente madre, seca sus bellos ojos en el palpitante chaleco de su novio—, es muy fácil que penséis, digo, que todo se acabe ahí; que Emilia y el conde serán felices el resto de sus vidas en el romántico castillo de su señoría en el norte, y que Belinda y su joven clérigo disfrutarán de una ininterrumpida dicha en su rectoría con rosales enrejados, en el oeste de Inglaterra. Sin embargo, habrá algunos entre las filas de los lectores de novelas —gente con larga experiencia— que sepan que esto no es así. Habrá algunos que hayan estado casados, y hayan descubierto que aún les queda alguna cosa por ver y por hacer, y

¹ Iglesia anglicana construida a principios del siglo XVIII en el elegante barrio londinense de Mayfair, y donde siempre se han celebrado bodas de alta sociedad. (*N. de la T.*)

acaso por sufrir; y que las aventuras, y los dolores y placeres, y los tributos, y los amaneceres y ocasos, y el día a día, y las alegrías y las penas de la vida continúan, como siempre, después de la ceremonia nupcial.

Por lo tanto, insisto, el novelista se aprovecha injustamente tanto del héroe y de la heroína como de sus lectores sin experiencia, para despedirse de los primeros tan pronto son declarados marido y mujer. Muchas veces he deseado que a todas las obras de ficción que acaban de manera abrupta, tal como queda arriba descrito, se les añadiera una continuación, de modo que pudiéramos enterarnos de lo que le ocurre al sobrio hombre casado y también al ardiente soltero; a la matrona y a la candorosa soltera. Y a ese respecto admiro (y desearía imitar) al noble y prolífico autor francés Alexandre Dumas, marqués Davy de la Pailleterie, que acompaña a sus héroes desde su primera juventud hasta la vejez más venerable; y no los deja descansar hasta que son tan viejos, que ya hace tiempo que les ha llegado la hora de que disfruten de un poco de paz y tranquilidad. Un héroe es un caballero demasiado va-

lioso para ser incluido en la lista de los retirados en la flor y el vigor de su juventud, y, por otra parte, me gustaría saber a que dama de entre nosotros le gustaría verse apartada, considerada ya poco interesante, sólo porque tiene niños que criar y ha cumplido los treinta y cuatro o treinta y cinco años. He conocido a damas de sesenta años con el corazón tan tierno e ideas tan románticas como las de cualquier jovencita de dieciséis. Tengamos novelas de mediana edad, entonces, además de estas leyendas extremadamente juveniles. Que los jóvenes se enteren de que los mayores tienen derecho a ser interesantes, y que una dama puede seguir teniendo corazón a pesar de ser un poquito más robusta que cuando era colegiala, y un hombre tener sus sentimientos, a pesar lucir pelo prestado.

Así, desearía que las biografías de muchos de nuestros más ilustres personajes románticos fuesen prolongadas por las manos adecuadas, y que supiéramos de ellos al menos hasta una edad respetable. Veán a los héroes del señor James; invariablemente se casan jóvenes. Veán a los del señor Dickens, desaparecen de la escena cuando son meros jovencitos.

Confío en que estos autores, que siguen vivos, se den cuenta de la conveniencia de contarnos algo más acerca de unos personajes que nos interesaron vivamente y que en este momento deben estar fuertes y saludables, y en plena posesión de sus facultades físicas y mentales. Y estoy seguro que los relatos del gran sir Walter (loado sea su nombre) contienen numerosas personas que nos son arrebatadas de manera inoportuna y sobre quienes deberíamos saber más.

Para mí, una de esas personas ha sido siempre mi querida Rebecca, hija de Isaac de York. Nunca podré creer que una mujer así, tan admirable, tierna, heroica y hermosa, pudiera ser totalmente eclipsada por alguien como Rowena, esa insípida y rubia criatura, indigna, en mi humilde opinión, de Ivanhoe e indigna de su lugar como heroína. Dándole a cada cual lo que le corresponde, siempre consideraré que Rebecca tendría que haber conseguido el marido y Rowena haberse encerrado en un convento en el que yo, personalmente, nunca me habría molestado en preguntar por ella.

Pero resulta que se casó con Ivanhoe. ¿Qué se puede hacer? Ya no hay remedio. Escrito está al

final del tercer volumen de la crónica de sir Walter Scott que la pareja quedó unida en matrimonio. Entonces, ¿tendrá el caballero Desheredado, cuya sangre ha sido calentada por la cercanía de la tierna y hermosa Rebecca, que quedarse quieto y tan feliz por el resto de sus días al lado de semejante ejemplar de decencia frígida como es la gélida, intachable, mojigata y remilgada Rowena? ¡Prohíbelo, Destino! ¡Prohíbelo, Justicia poética! Sin embargo, existe un sencillo plan para enderezar las cosas y para dar a todos los implicados aquello que se merecen, que presentamos aquí al lector de novelas. La historia de Ivanhoe *debe* haber tenido una prórroga; y ésta es la que ofrecemos a continuación. Puedo estar equivocado en algunos detalles del relato —¿qué escritor no lo estaría?—, pero, con respecto a los principales acontecimientos de la historia, no tengo la menor duda, y los entrego confiadamente a ese generoso público que quiere ver a la virtud resarcida, al amor verdadero recompensado, y a la reluciente Hada descendiendo del llameante carruaje al final de la pantomima, y haciendo felices a Arlequín y

Columbina. ¿Qué importa, señoras y señores, si la realidad no es ésta y si, después de bailar una serie de gigas y de hacer unas payasadas, y de entrar y salir por un sinfín de trampillas y ventanas, a través de las mudables escenas de la vida, ningún hada baja para hacernos sentir bien al final de la función? ¡Bueno! ¡Concedámosles a nuestros honestos protagonistas de la novela la ventaja de su posición, y no seamos envidiosos de su buena suerte!

Nadie que haya leído los volúmenes precedentes de esta historia, tal como la ha relatado el famoso cronista de Abbotsford, puede dudar ni por un momento de cuál fue el desenlace del matrimonio entre sir Wilfrid² de Ivanhoe y lady Rowena. Aquellos que tomaron nota de la conducta de Rowena durante su doncellez, su cortesía lánguida, su impecable modestia, su inalterable impavidez ante cualquier circunstancia y su porte altivo y señorial, pensarán sin duda que su conducta de casada sería igual a su comportamiento de soltera, y que la

² En inglés en el original (*N. de la T.*)

esposa Rowena será un modelo de corrección para todas las matronas de Inglaterra.

Así fue, en efecto. Su carácter piadoso era famoso en muchas millas en torno a Rotherwood. Su castillo era un *rendezvous* para todos los clérigos y monjes de la región, a los que ofrecía las viandas más selectas mientras ella subsistía con legumbres y agua. No había inválido en los tres territorios de York, sajón o normando, a cuya puerta no llegara el palafrén de lady Rowena, en compañía del padre Glauber, su limosnero, y el hermano Thomas de Epsom, su médico. Iluminaba todas las iglesias de Yorkshire con cirios, ofrendas de su espíritu piadoso. Las campanas de su capilla empezaban a sonar a las dos de la madrugada, y todos los criados de Rotherwood debían asistir a los maitines, a las completas, a las vísperas y al sermón. Huelga decir que el ayuno era cumplido con todo el rigor de la Iglesia, y que los criados más apreciados por lady Rowena eran aquellos cuyos cilicios eran más ásperos y se flagelaban con mayor empeño.

Ya fuera porque esta disciplina ahuyentó el ingenio del pobre Wamba, o bien porque enfrió su

humor, lo cierto es que se convirtió en el bufón más melancólico de Inglaterra; si alguna vez se atrevía a ofrecer un juego de palabras a los desgraciados y atemorizados sirvientes mientras mordisqueaban sus modestos mendrugos de pan seco, el chiste resultaba tan pobre y rancio que nadie tenía el valor de reírse de los dobles sentidos del desafortunado bromista; una sonrisa torcida era el mejor aplauso que podía cosechar. Es más, en una ocasión, cuando Guffo, el chico que cuidaba las ocas (un pobre muchacho medio tonto), se rió a carcajadas de un lamentable chiste que Wamba le soltó en la cena, (estaba oscuro, y cuando traían las antorchas, Wamba dijo: «Guffo, no ven claro el argumento y *van a arrojar un poco de luz sobre el asunto*»); lady Rowena, viéndose interrumpida en medio de una discusión teológica con el padre Willibald (más tarde canonizado como san Willibald, de Bareacres, ermitaño y confesor), levantó la voz para preguntar por la causa de tan inoportuna interrupción, y siendo señalados Guffo y Wamba como los culpables, los mandó inmediatamente al patio, y ordenó que les aplicaran tres docenas de latigazos a cada uno.